

El Eje Atlántico de la Historia: una forja de los Pueblos Ibéricos



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

**(Conferencia pronunciada por el Catedrático de Historia
Dr. Ciriaco Landolfi, Embajador de la República Dominicana
en el Brasil, la noche del día 20 de marzo de 1985, en
el Instituto de Cultura Hispánica de Brasilia.)**



El Eje Atlántico de la Historia: una forja de los Pueblos Ibéricos

**(Conferencia pronunciada por el Catedrático de Historia
Dr. Ciriaco Landolfi, Embajador de la República Dominicana
en el Brasil, la noche del día 20 de marzo de 1985, en
el Instituto de Cultura Hispánica de Brasilia.)**

Una mirada a la Península Ibérica del siglo XV con su mosaico de reinos y demarcaciones nobiliarias autónomas, produce la sensación de dispersión pintoresca, o de infancia de las naciones que más tarde irían a engrosar con vigor increíble al mapa terráqueo con presencia descollante. Pero además de esa parcelación existía todavía en la Península la presencia árabe bien que reclusa hacia al litoral mediterráneo pero aún con fuerza bastante para discutir a la Reconquista su empuje multi-secular sobre el Islam, entonces el más poderoso movimiento político religioso con carnes firmes por todo el Oriente y retomado impulso mesiánico en Turquía justo en esa centuria. Castilla y Portugal eran los más sobresalientes de esos reinos angostos y el habla y las costumbres y los niveles de desarrollo social y político eran vivamente diferentes unos de otros. También Aragón que había recibido la influencia viva y directa del feudalismo y podríamos decir el eufemismo de que políticamente estaba, sin ser de los más grandes, más cerca de la organización óptima de la época. En su totalidad los pueblos que perfilaban el habitat ibérico eran pobres, olvidados y geográficamente arrinconados al final de la extensísima península europea extremo entonces del gran escenario de la Historia.

Es necesario insistir en esa situación apenas subrayada por los grandes estudios historiográficos realizados en la materia: Iberia era la frontera terrestre del mundo antiguo por el Atlántico, el fin de la tierra continua que anudaba la influencia civilizadora de Roma desde los tiempos de la dominación imperial. Su principal protagonismo hasta entonces, desde el punto de vista europeo, había sido el de asiento permanente de la invasión árabe dentro de la coetaneidad del feudalismo. El gran Eje de la Historia había sido fundado en el Mediterráneo por el Imperio Romano, y había oscilado desde la Península Itálica hasta el Medio Oriente. La aparición del credo galvanizador de Mahoma lo había llevado a remolque hasta el confín del mediterráneo en una explosión de poderío que iba desde la India hasta el Atlántico, pero con sede de irradiación oriental. La disolución del califato islámico original en el año 661 incorporó a la dinastía Omeya que ensanchó fabulosamente las fronteras de la nueva religión y estableció su capital en Damasco. Fue en el trayecto de esa dinastía que duró hasta el año 750 cuando España fue conquistada. Los Abasidas sustituyeron y exterminaron a los Omeyas; sólo se salvó de ellos Abderraman II quien huyó a España y fundó en ese mismo año el Califato de Córdoba, ciudad que pasó a ser la ciudad luz europea hasta el año 1031.



Eso es un recuento fugaz y apresurado de la fundación islámica en Iberia iniciada con precisión en el año 711, pero la principalía peninsular dentro de un contexto más antiguo la señala, también como frontera de expansión, la Fundación de Gadir — la Cadiz actual — cuando el Eje de la Historia originario de ya vieja cuna mesopotámica avanzaba audazmente por el Mediterráneo. Es decir, sobre los farallones peninsulares venían rebotando los movimientos expansivos agitados por el Mediterráneo como confín geográfico disponible y final para la capacidad de los navegantes coetáneos y de sus vehículos marítimos, desde antes de la dominación romana. Iberia o Hispania — que ambos nombres de origen africano identifican la Península desde la antigüedad — era en esa perspectiva, en 1492, un mundo poco significativo para la sociedad epocal europea. Y no obsta al aserto la realidad de haber dado pruebas Portugal de tener una visión y unas destrezas muy superiores en el campo de la navegación a las restantes comunidades marítimas europeas, porque ese pequeño reino había adornado de singladuras todo el flanco atlántico africano descubriendo un mundo desconocido y habituándolo al comercio, excitando las capacidades nativas sin pretensión de dominación política por donde fundaba factorías para el trueque de mercancías, como la famosa llamada San Jorge de Mina, que aún se arguye equivocadamente sirvió de modelo al ilustre Don Cristóbal Colón para su ensayo colonizador en la Isla Española. El Portugal de mediados del siglo XV era ya una potencia marítima sin par en la Europa coetánea, pero estaba lejos de las neuralgias y laberínticas dificultades de rivalidad existentes entre los múltiples pequeños estados europeos en las vísperas históricas de la formación nacional, y sus hazañas no rozaban la costra de los intereses creados en la Europa más continental.

La premonición no es un calificativo apropiado para el lenguaje histórico, pero sin duda algo de eso sintió la corona lisboeta cuando pretendió mantener a Castilla dentro del Mediterráneo mediante la firma del Tratado de Alcaçovas que no sólo venía a disponer cuestiones fronterizas luso-castellanas sino también retenía contractualmente la aventura náutica de Castilla en sus límites tradicionales mediterráneos, a raíz del reinado conjunto castellano-aragonés de Isabel y Fernando.

Antes de proseguir el rumbo por ese horizonte especulativo debo apuntar algo que se obstina con peculiaridad significativa en la episódica peninsular de la época: la reunión de Castilla y Portugal en un reinado unificado y fuerte que viniera a ser el foco de absorción de las energías sociales ibéricas. Ciertamente, la procuración de una alianza perdurable entre ambos reinos fue una constante de la política dinástica dirigida a fundar por los lazos de la sangre una corona poderosa y señera. Es factible concebir el presupuesto estratégico de esa unidad en el doble propósito defensivo y expansivo en días en los cuales, particularmente en ese siglo XV, Turquía se convertía en la más poderosa expresión del poderío militar de la época, y singularmente si todavía los árabes retenían la porción más próspera de la Península. Durante el reinado de Enrique



IV — históricamente conocido con algo de injusticia como el Impotente — cristalizó ese proyecto unificador, pero desafortunadamente el matrimonio de éste con Juana de Portugal fue ensombrecido por la privanza de Beltran de la Cueva, de quien los cortesanos sospechaban complacencias íntimas para el rey y la reina.

La unidad de Castilla y Aragón, a contrapelo del proyecto trazado ya por las familias reinantes en Castilla y Portugal se produce de resultas de la guerra nobiliar castellana auspiciada por el sector del estamento que se negó a reconocer el fruto de Juana, llamada también Juana como su madre pero con el remoquete de la Beltraneja, como heredera de la corona de Castilla, muerto jovencísimo el infante Don Fernando, hermano de Enrique IV cuando ya era bandera de la rebelión de los nobles, el Impotente lo había reconocido como heredero y la princesa Isabel encarnaba la lucha de la nobleza levantisca contra la Beltraneja. Ahí surgió la propuesta del apuesto Don Fernando, el aragonés que alcanzó primero la mano y el lecho después de Isabel, la que conoceremos como la Gran Reina rebautizada por el Papa Alejandro VI, de cuna valenciana, como la Católica, junto a su marido, el Católico, después de habersele prohibido a ambos por Bula pontificia llegar al matrimonio. Decisión papal al parecer felizmente inadvertida por los jóvenes cónyuges en días difíciles para ambos, de ruina y desolación para Castilla y de incertidumbre para el destino de la hispanidad.

Otro apunte que clarifica el panorama histórico del período precursor del descubrimiento de América en la Península Ibérica es éste: el reino aragonés venía siendo partícipe activo de la vida del Mediterráneo y sus posesiones en Italia eran joyas de su propensión expansiva. Con la aparición al otro lado del Atlántico de un mundo nuevo que se obstinaba en la retina encandilada de Isabel como un obsequio de la Providencia a sus desvelos por mejorar la suerte de su reino, prendada del hallazgo y al mismo tiempo enamorada de su esposo el apuesto Fernando, quien respondía a los intereses aragoneses en el Mediterráneo, se produjo una pugna apenas perceptible en el paisaje histórico de bulto entre los cónyuges de la real pareja, que vino a alcanzar desarrollo protagónico después que murió la excepcional soberana y el viudo ilustre — modelo viviente adonde Nicolás Maquiavelo fue a buscar los rasgos esenciales del El Príncipe, su genial tratado en materia política —, zarandeado por una circunstancialidad quizás inesperada cuando encontró fuerte resistencia en Castilla para gobernarla personalmente, dispuso otra política para los indígenas — vasallos que habían sido en la imaginación de la reina — y apretó el puño colonizador con énfasis de mando desvirtuando el camino transigente de la gran reina desaparecida, después de frustrarse para él la manipulación “non santa” del codicilo del testamento de Isabel en que le dejaba “la mitad de las rentas de las Indias”, para que se leyera en su lugar y por supuesto, para su beneficio y luego y eventualmente de Aragón “la mitad de las Indias”.

Esto último tiene un interés singular en el panorama que vengo analizando, pues revela que la pugna luso-castellana puesta en la óptica com-



petente de los cartógrafos portugueses y de sus homólogos castellanos menos diestros, solucionada en la mesa de negociaciones de Tordesillas, en relación con América, vivió también de otra suerte en el seno de la real pareja que ensanchó con primaveral audacia y desenfado el horizonte conocido de la antigüedad, pues si ciertamente no se conoce en sus interioridades el carácter ni la dimensión de la pugna doméstica entre Isabel y Fernando en torno a la gobernación de sus reinos respectivos, todo apunta a probar que la del Nuevo Mundo fue una de las tantas divergencias entre los monarcas que recrearon el Santo Oficio para disciplinar en Castilla a los nobles levantiscos que no aceptaron con agrado la unión castellano-aragonesa. El apunte nos persuade de que en la cuestión dinástica el interés por el propio patrimonio fue siempre más fuerte que el hechizo del amor; y desde otro ángulo que los razonamientos entre Castilla y Portugal obedecieron al mismo razonamiento antes, en esos días y después: a la defensa intransigente de los ya larvarios intereses nacionales, sin que mediaran los cálculos de la herencia forjada entre Castilla y Aragón en el lecho no siempre afortunado de Isabel y Fernando.

Dilucidadas al desgaire — como suele suceder en una conferencia de unos minutos — estas cuestiones primarias que dan etorno o enmarcan el tema en sus dimensiones domésticas, pasemos ahora a dilucidar lo del Eje Atlántico de la Historia materia prevista para el encuentro de esta noche en esta tribuna de la hispanidad.

EL EJE ATLANTICO DE LA HISTORIA

Es un lugar común en cualquier texto de historia el aserto de que hasta la llegada de Don Cristóbal Colón a estas tierras de América el mundo se hallaba totalmente parcelado en dos mitades para todos los fines del conocimiento. Ese estereotipo convencional debe ser corregido ligeramente, porque para el conocimiento, particularmente el histórico, la Tierra tenía una dimensión hemipléjica: sólo vivía para la Historia la parte vieja y conocida del planeta ya empergaminada en folios extensísimos que venían siendo acumulados desde la invención de la escritura. Y asimismo todo conocimiento geográfico fuera del dominio de lo sabido y parcialmente visto o presentido, era un vacío que acuciaba la imaginación de los entendidos, pero nada más: ya se sabía, en 1492, por ejemplo, de la unicidad de los océanos y por vía de ese principio no comprobado se seguía que navegando hacia el poniente se volvía al sitio de partida. Jamás se sospechó en el formidable obstáculo que sería el continente americano, que aunque ya había sido alcanzado no había sido "descubierto", lo que fue justamente la clave del hallazgo castellano después de la aventura ultramarina: el haber mostrado ese "obstáculo" a los demás y más aún: cristalizar en él el proceso de migración y transculturación masivos más impresionante del género humano hasta entonces.

Ciertamente, América o el Nuevo Mundo o las tierras allende el Atlántico — que de cualquier forma podríamos llamar al Hemisferio antes



de su consagración histórica — había sido encontrado por las singladuras europeas, o todavía más: en Groenlandia se había fundado el primer conato de colonización con asidero en la documentación desde el siglo x cuando por bula papal se erigió el obispado de Vinlandia, primera avanzada colonizadora en el que iría a ser llamado indistintamente Nuevo Mundo o América. Se perdió para el rastro geográfico e histórico ese pequeño hito de la aventura trasatlántica redescubierto siglos más tarde como curiosidad antológica del espíritu aventurero del hombre cuando ya no faltaba al rompecabezas de la antigüedad — lo desconocido — ninguna pieza por ajustar al todo planetario.

El mundo antiguo se cifraba en el fabuloso tríptico continental integrado por Europa, Asia y África. Porque entonces Europa se sabía o se creía un continente, lo que dejó de ser cierto, por lo menos para la hipótesis mejor fundada, en 1856 cuando el geógrafo alemán H. Reuschle propuso el nombre de Eurasia al conjunto de tierras continuas que incluye a Europa como una península descomunal del macizo euroasiático. Existía una separación total entre los dos hemisferios que integran el planeta desde la época cataclísmica que dió origen a la parcelación geográfica que hoy conocemos. Nada era común en la memoria de ambas formaciones hemisféricas: una total ignorancia recíproca permitió el crecimiento independiente, autónomo, de las sociedades que a uno y otro lado de Atlántico fueron organizando sus materiales fisonómicos distintivos. A tal afirmación suele oponerse la teoría de una misma raíz para explicar las coincidencias culturales encontradas en una y otra caras del planeta a la luz de las investigaciones antropológicas; o la más severa, por su rigor científico, que propone la unicidad de la cuna del Hombre y la consecuente derivación de un tronco común para las razas y subrazas que pueblan la Tierra, lo que supone el parentesco de todos los hombres por la placenta unitaria del género humano. Esto no empece, de forma alguna, el crecimiento paralelo y mutuamente desconocido de las formaciones sociales que se holgaron a uno y otro lado de la Tierra durante los milenios de su recíproca ignorancia.

Gráficamente podríamos representar la realidad geográfica del mundo a finales del siglo XV como dos mitades de un gigantesco cuerpo celeste paredañas de dos océanos infranqueables, que conviven con las particularidades del todo pero ajenas o ausentes desde los inicios de su origen, una de otra. Así era la Tierra en 1492 y siguió siendo por algunos años hasta que se inició la ruta trasatlántica entre España y la isla Española por las aguas inmensas del océano llamado a protagonizar el crecimiento pavoroso de la Historia.

Con una diferencia imperceptible para las cuentas históricas alcanzó Cabral las costas del Brasil y con su proeza Portugal se incorporó reueltamente al proceso expansivo sobre el Nuevo Mundo de la que empezó a ser llamada en esta centuria que vivimos Civilización Occidental. El arribo portugués a las costas brasileñas en 1503 unifica el esfuerzo peninsular por conocer la redondez de la Tierra. Y es justo decir que ningún



pueblo europeo tenía más capacidad ni reunía mayor suma de destrezas técnicas e instrumentales que el lusitano para llevar adelante, con éxito probable, tal empresa. Es más, con algo de audacia se podría asegurar que en Portugal se creó, con siglos de antelación, el primer ministerio "moderno" de marina bajo los auspicios de Enrique el Navegante, magnífico propulsor de los descubrimientos geográficos y adelantado excepcional del océano Atlántico; antes de que alguien soñara en la atrevida singladura que realizara después del intrépido Don Cristóbal Colón.

Ocurrió, sin embargo, que los intereses económicos de la corona lisboeta apuntaban con mayor fuerza y operaban ya con gran rendimiento en la costa africana y se enrumbaban bordeándola hacia el mundo fascinante de Asia.

Otro hito esclarecedor del protagonismo castellano en el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo, lo ofrece la dinámica asombrosa de sus capitanes sobre la nueva tierra continental: mientras los portugueses — tal como lo observó el ilustre brasileño Sergio Buarque de Holanda — se afirmaron en la costa del territorio que les tocó en la demarcación de Tordesillas, los españoles penetraron audazmente en el corazón continental fundando a diestra y a siniestra con la impavidez de la predestinación, con una desventaja fundamental: que los primeros tenían ya una vasta experiencia colonizadora y los segundos no, porque sólo en las Canarias habían tenido la oportunidad los castellanos de domeñar una población nativa batiendo sus pendones en tierra breve, insular y a muy corta distancia de su suelo nacional.

Sin duda el alud peninsular sobre estas tierras fue mayormente enfatizado por España y no sólo por la dimensión fabulosa de su empresa descubridora y colonizadora, sino por los condumios de rivalidad que aparejó su principalía increíble en el propio escenario europeo para pueblos repentinamente hallados por debajo de su potencialidad emergente. El esfuerzo colosal de crear y mantener un imperio — el primero de dimensión planetaria de la Historia — allende el mar, discutido ferozmente en la operación obstinadamente repetida del abordaje a sus galeones y a sus posesiones de ultramar, particularmente las del archipiélago antillano, labran al unísono la grandeza hispánica y una nueva edad para la Historia a partir del Eje Atlántico de la expansión del Viejo Mundo sobre el Nuevo. La creación de ese nuevo eje de la Historia no fue, como nunca ha sido ningún acontecimiento de rango en el acontecer humano, un suceso feliz ni apacible; todo lo contrario: surgió como un desafío sangriento a la vocación ecuménica española, y mojó sus pañales en las aguas turbulentas del Mar Caribe.

"LAS ISLAS EN EL CAMINO DE LA GRAN HISTORIA"

Con ese título describió Fernand Braudel el papel jugado por las islas en el proceso histórico del Mar Mediterráneo en su monumental obra en torno a ese mar antes y en la época de Felipe II. Leí la obra hace varios



años y no recuerdo ahora con exactitud las connotaciones que dió el ilustre historiador francés a las islas del Mediterráneo, pero el título inolvidable de ese capítulo y la lección que extrajo de su protagonismo individual y conjunto se sugieren muy adecuados para diseñar esta hipótesis sobre el Eje Atlántico de la Historia, singularmente porque unas islas llamadas las Antillas sustituyeron las del Mediterráneo en la forja de la "gran historia", en lo que luce un relevo de significación y trascendencia en el decurso de la expansión de la memoria de la Humanidad, porque éstas de América ayudaron a construir la verdadera y definitiva gran historia que para ambos mundos, el Viejo y el Nuevo, sólo comienza con la apertura afiebrada y continua de América.

Santo Domingo fue en esa perspectiva la piedra angular, por primera, del gran edificio erigido inicialmente por los pueblos ibéricos en América. Funge, a la distancia del hecho americano, como antesala funcional y efectiva del encuentro planetario del género humano o más propiamente con el hito inicial de la memoria ecuménica de la Humanidad. Ciertamente, esa isla encontrada como las otras al azar por las carabelas castellanas guiadas por Colón fue el punto de apoyo logístico del gran trasiego europeo sobre el Nuevo Mundo a tal punto que la Isla y su crónica inicial se obstinan inexorablemente en todo tratado histórico que pretenda enumerar la hazaña colonizadora en América, siendo el núcleo expansivo desde donde partieron los periplos caribeños que fundaron en Puerto Rico, Cuba y el Darién, los enclaves de la colonización que hicieron posible el salto victorioso a tierra firme: a México primero desde Cuba, y después al Perú desde el Darién. La perspectiva grandiosa de Tenochtitlán, la capital del Estado federativo mexicana, una de las ciudades más grandes del mundo de la época con su impresionante civilización y su real e imponente poderío, fue decisiva para el empuje posterior de los castellanos llegados más tarde al Cuzco, la simétrica capital del imperio de los Incas, foco político y organizativo del Estado mejor organizado del planeta al umbral del siglo XVI.

Amén de esa contribución involuntaria, hija de la casualidad o del azar, la aportación de Santo Domingo a la fisonomía de la nueva edad que surgía avasallante y que más tarde recogería en sus alforjas la historiografía contemporánea con el pomposo calificativo de los Tiempos Modernos, fue decisiva: porque la primera ciudad trazada a cordel — símbolo de la perfectibilidad entrevista por el hombre para su habitación más compleja y de suya definidora de su estatus civilizado — de la nueva Edad fue Santo Domingo, sin que en su factura interviniera ningún paisaje urbano de Castilla ni de ninguna otra ciudad europea contemporánea como fuente de inspiración o modelo recogido o recreado de la vieja herencia modificada al galope en el repentino y ágil proceso de transculturación. Y esto quiere decidir que el genio castellano urgido en la Isla por una definición urbana inventa la ciudad perfecta trazada a cordel y cruzada en sus calles en ángulos rectos de impecable trazado y 90 grados justos de exactitud en sus esquinas. La remodelación de las viejas capitales europeas dentro de ese esquema de perfectibilidad fue obra acometida



siglos después de la erección de Santo Domingo, ciudad que tuvo como par inmediata en el tiempo la ciudad de Panamá, fundada por Pedro Arias Dávila — el famoso Pedrarias — y luego, saltando paralelos y meridianos, pobló con su modelo el semillero urbano sembrado por España en América. Y quiere decir también que el genio impávido del conquistador español fue sin dudas, en esa perspectiva, el propulsor de la "modernidad" tal como la entendemos hoy: la búsqueda de la perfección de las cosas por el ejercicio de la inteligencia y de la voluntad. Porque fue aquí, en América y singularmente en la isla de Santo Domingo, donde se holgó por primera vez esa fuerza creadora que venía a suceder a la mentalidad prevaleciente durante la larga estación del Medioevo multiseccular y perezooso, contemplativa, abúlica y estática.

Esa mentalidad, amigos míos, caracteriza y define las grandes realizaciones de la Humanidad desde el descubrimiento de América hasta nuestras fechas, y no empece al aserto el hecho cierto de aparecer difuminada en el mirador coetáneo la impronta colosal de los pueblos ibéricos, particularmente de España, en esa conquista de la perfectibilidad, llave maestra en los campos de la ciencia y la tecnología que han hecho posibles navegar en el espacio sideral y mirar más de cerca las estrellas.

Pero no fue en ese siglo XVI fundacional por excelencia cuando cobró vigencia definitiva y determinante el Eje Atlántico de la Historia: que todavía existía en el Viejo Mundo el Imperio Turco, el más poderoso de la época y sin dudas retenía aun el protagonismo Mediterráneo milenar de la antigüedad. Pero antes es preciso explicar que el hecho americano repercutió en ambas direcciones oceánicas y que la marea colonizadora ibérica tuvo vigencia tanto en el Atlántico como en el Pacífico, sólo que fue exclusivamente española la posibilidad de intercambiar de rutas de uno a otro océano a través de Acapulco, en México, desde donde salía anualmente una gran flota para el Pacífico que tocaba en Manila, en las Filipinas, utilizando a la Nueva España como sede virreinal de su expansión sobre el Pacífico. Desafortunadamente, ya al alba del siglo XVII España se vió obligada a suspender los cruceros de su flota del Pacífico y la explicación histórica más socorrida del revés se centra en el hecho de que en el Mar Caribe ya discutían a la nación europea más poderosa su hegemonía los corsarios ingleses, franceses y holandeses que habían covertido el mar interior americano en escenario de sangrienta rivalidad porfiando a la potencia ultramarina que ya era España sus fronteras adelantadas del Atlántico. El crecimiento de Inglaterra, Francia y la independencia y posterior desarrollo marítimo y colonial de los Países Bajos, fue la obra continua de zapa contra las rutas oceánicas españolas en el Nuevo Mundo, con cruce obligatorio por el Caribe insular y habituallamiento imprescindible en sus enclaves urbanos. Podría decirse con absoluta certeza que la Europa "moderna" creció a expensas del mundo americano y dentro de ese contexto encontraron todas y cada una de las naciones rivales de la hegemonía española un alimento singular en las islas del archipiélago antillano, particularmente en aquellas que España desdeñó con el



apelativo de "islas inútiles", lógica y lúcida definición para el Imperio en cuya vastedad no se ponía el sol.

EL EJE ATLANTICO DE LA HISTORIA: UNA CONSECUENCIA DEL "OBSTACULO"

El "obstáculo" — como fue llamada la continentalidad sin fisuras del hemisferio americano — fue la clave del desarrollo unilateral del océano Atlántico. Ese fue el gran revés del Almirante Cristóbal desde los días del descubrimiento hasta su muerte, y su error permanente y porfiado — el haber llegado al Cipango — sirvió a sus enemigos para argüir su ignorancia. El océano Pacífico fue alcanzado por las singladuras españolas y portuguesas, pero el imponente mundo social que lo configuraba fue apenas tocado; y la riqueza del mundo americano, la distancia mucho más breve entre Europa y América y la facilidad con que fue combatida España en el escenario geográfico caribeño, determinaron una concentración particular de las cortes europeas en esa inexorable encrucijada insular que hacía entonces camino entre ambos mundos. Las islas interpuestas en el camino de la confrontación antiespañola fueron las elegidas primero por el azar y luego por la estrategia para mellar el inmenso poderío español por las avenidas del océano. Los otros pueblos del litoral Atlántico de Europa vieron así crecer sus efectivos de marinería en gran escala y asistieron a varias "preponderancias" marítimas luego del desplome de la Invencible Armada a fines del siglo XVI.

Que el eje de la historia en la época lo retenía el mundo antiguo mediterráneo, lo muestra la realidad formidable del poder del Imperio Turco todavía en 1571 cuando se libró la batalla de Lepanto: los contingentes marítimos de mayor entidad en la época se midieron en el golfo de ese nombre — hoy Corinto — enfrentados por la hegemonía de las rutas mediterráneas. Una muestra de la composición de la escuadra coaligada cristiana da énfasis al aserto: 70 galeras españolas (incluidas las napolitanas, sicilianas y genovesas entonces cubiertas por la soberanía española), 9 de Malta, 12 del Papa y 140 venecianas. La lucha fue más o menos pareja por el costado otomano y esto nos da un balance claro y terminante de la ecuación de poder entre el Atlántico y el Mediterráneo en 1571: por el Mediterráneo la suma de las galeras venecianas y otomanas desborda en términos absolutos el poderío naval español de la época. Claro es que la confrontación de Lepanto se argumentó en términos religiosos, razón por la cual Don Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, comandó la escuadra victoriosa: España era a la sazón el brazo armado de la Cristiandad y constituía su poder fundamentalmente la reunión de extensísimas parcelas imperiales, particularmente allende el Atlántico. Podría decirse con un poco de audacia que el Eje Atlántico de la Historia empieza a vislumbrarse ya en Lepanto y cuando menos dos razones vendrían a auxiliar ese criterio: la primera de ellas es que España es para entonces una potencia trasatlántica y encabeza la coalición mediterránea que vence al Turco; y la segunda, que a pesar del éxito de



la talasocracia veneciana — la más imponente del mundo cristiano y la que aporta la mayor cuota naval en la batalla — se va a pique junto con las restantes del Mediterráneo al quedar estancadas, arruinándose lentamente, las ciudades italianas que constituían, por el costado occidental del mundo antiguo, el otro factor dinámico del Eje Mediterráneo de la Historia. Y en esa perspectiva hay que apuntar necesariamente que en el inicio de ese estancamiento y ruina posterior jugó un papel descollante la ruta oceánica abierta entre Sevilla y Santo Domingo.

La preponderancia oceánica española va a durar muy poco a partir de Lepanto al perder la Invencible Armada organizada paciente y cuidadosamente por Felipe II de los elementos naturales y la pericia inglesa en 1588: apenas 17 años. Esa flota contaba con 130 unidades de toda naturaleza, es decir, 10 embarcaciones menos de las aportadas sólo por Venecia al triunfo de Lepanto. De ahí en adelante la estrella de la marina inglesa brilló rutilante en la vastedad del Atlántico para convertir a las Islas Británicas en otro dinamo del Eje de la Historia que aún oscilaba entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Cuando al umbral del siglo XVII Hugo Grocio escribió su *Mare Liberum* ya la carrera expansionista sobre la vía oceánica era un hecho cumplido al que sólo faltaba el argumento jurídico político. El protagonismo político incontrastable de España, Portugal, Francia, Inglaterra y los Países Bajos — todos pueblos asentados a las orillas del Atlántico — durante las centurias que discurren desde el descubrimiento de América hasta los tres primeros lustros del siglo que vivimos, sin otro poder que basculase durante ese largo trayecto su peso específico en la Historia, permite sustentar la hipótesis del surgimiento y apogeo de un nuevo eje de la dinámica histórica, ya venido a menos el Imperio Turco aun intacto en sus carnes territoriales pero mermado en sus posibilidades expansivas, degradado internamente por la corrupción administrativa y enflaquecido definitivamente el empuje de sus huestes guerreras.

Los conflictos bélicos que erizan la memoria de la Humanidad en ese lapso multiseccular que termina con la primera guerra mundial de 1914-1918 forjan, estructuran y definen el escenario más señero y pintoresco de la Historia Contemporánea, y no luce casualidad que todos ellos directa o indirectamente tuvieron asidero protagónico en los pueblos atlánticos de Europa. La combustión interna del subcontinente — como prefieren llamar algunos a la gigantesca península europea — puede ser inferida en términos de acomodamiento de las principales inicialmente dinásticas y luego nacionales incubadas en ese costado oceánico de su naturaleza geográfica. Y sería interesante sobremanera desentrañar la aparición de la unidad política de los pueblos "interiores" europeos primero con Prusia y luego con el Imperio Austro-Húngaro y la Alemania Imperial hasta 1914, como una reacción lógica y coherente contra las talasocracias atlánticas: una fórmula para quebrar el embotellamiento secular de su expansión sobre el resto de las áreas "colonizables" del planeta por la vía tradicional y clásica o con el artificio de la competencia comercial. Se seguiría de esa hipótesis el razonamiento incontestable del estallido de la Primera



Guerra Mundial de resultados de un intento de las geocracias europeas por alcanzar su cuota de hegemonía en el Atlántico; y estirando aún más ese razonamiento cabría preguntarse si la Segunda Guerra Mundial, años más tarde, no fue más que la eclosión del proceso larvario de esa finalidad, pero ya con un nuevo ingrediente: la aparición en escena con magnitud asombrosa de una nación oriental que reclamaba su papel protagónico en el Océano Pacífico, el Japón, dando perspectiva a otro conato dinámico de la Historia. Y esto se explica brevemente: Alemania e Italia, en el Eje originalmente llamado Roma-Berlín, no lucen en el horizonte especulativo que venimos tratando más que la conjunción de los intereses anudados en desventaja desde el Descubrimiento de América, con el aditivo, excepcionalmente válido, del factor oriental de poder que se venía abriendo espacio de significación en el costado del Pacífico.

Una última reflexión en tal sentido os llevaría a preguntar si la confrontación Este-Oeste no es más, en nuestros días, que la formación en duelo de combate del Eje Atlántico de la Historia y el poderoso Eje Pacífico de la Historia, este último ya estructurado con todo vigor a ambas orillas del más grande océano de la Tierra.

El conjunto de todas estas consideraciones me lleva a ponderar con detenimiento el significado extraordinario de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América no sólo como conmemoración de la excepcional hazaña castellana dirigida por el temerario genovés, Don Cristóbal Colón, en 1492, sino como el balance de la experiencia más fructífera de la Humanidad en el transcurso de su tiempo civilizado. Ciertamente, sin el balance total de las experiencias que entonces inauguró España no podríamos sacar las cuentas de la Historia, ni tendríamos el panorama completo de lo que significa nuestra Civilización en el contexto de las actuales realidades planetarias. Sólo sumando sus efectivos contradictorios durante cinco centurias tendríamos en 1992, en Santo Domingo, una visión del empuje fabuloso de esos pueblos más que hermanos, siameses geográficos, que fueron y son España y Portugal, en la apertura colosal de una Edad que aún perdura para el esfuerzo conjunto de revitalizar sus energías y prolongar el legado de los pueblos unidos al Eje Atlántico de la Historia: la obra inicial y común de ambos sobre estas tierras de América.



